

¿Cuánto Me Amo? Permíteme contarte las formas.....

Martin y Deidre Bobgan*

Mateo 22:37-40 – Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primer y grande mandamiento. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas.

El mundo que nos rodea está enseñando el amor apropiado y la autoestima. La autoestima es un aspecto popularizado de la psicología humanista, que se basa en la creencia de que todos nacen buenos y que la sociedad es la culpable. El sistema pone al hombre como la medida de todas las cosas. El énfasis en el ego es exactamente lo que comenzó en el Jardín del Edén, y se ha intensificado mediante la enseñanza humanista del amor propio, la autoestima, auto-realización, auto-aceptación, auto-etétera. En la promoción de la autoestima, la California Self-Esteem Task Force [Grupo de Trabajo de Autoestima de California] ha sido en gran parte responsable de llevar la ideología humanista y la psicología a los sectores público y privado. (Es interesante notar que a mediados de 1988, el Grupo de Trabajo rindió homenaje a James Dobson, el rey de la autoestima, presentándolo en su boletín informativo. Además, su libro *Hide or Seek* está en su lista de lectura.)

La influencia de la Comisión sobre la autoestima en California se está extendiendo a todo el país. John Vasconcellos está llamando a una iniciativa nacional sobre la autoestima similar a la que él presentó en California. Vasconcellos ha dejado bien claro que el movimiento de autoestima debería y debe actuar contra lo que considera la enseñanza anticuada de que el hombre es un pecador. Él dice que hay dos puntos de vista de la humanidad en este país: el hombre como un pecador y el hombre como intrínsecamente bueno. Declaró que esta es la cuestión subyacente de los movimientos de autoestima. Debido a que no creen en Jesucristo, los humanistas seculares tienen el ego en el centro de su ser. Podemos ver cómo los que no conocen a Cristo quieren amor, autoestima, y aceptación propia, porque eso es todo lo que tienen. Pero, ¿cuál es la excusa de la Iglesia?

Por debajo de toda la retórica de la auto-referencia está un ataque contra el Evangelio de Jesucristo. No es un ataque frontal a las líneas de batalla claramente visibles. En cambio, es hábilmente subversiva y está verdaderamente trabajando, no en carne y hueso, sino de los principados, poderes, los gobernantes de las tinieblas de este mundo, y las huestes espirituales de maldad en las regiones celestes, así como es delineado por Pablo cerca del final de su carta a los Efesios. Y lo triste es que muchos cristianos no están alertas a los peligros. Más de lo que el número se puede engañar sutilmente a otro evangelio – el evangelio de sí mismo.

Encontramos que mucha de la confusión que ha llegado a la Iglesia a través del uso de la terminología popular del ego. En un extremo, encontramos a gente como Robert Schuller, que parece haber comprado la totalidad de la posición humanista secular en su libro *Autoestima: La Nueva Reforma*. Schuller aborrece el término *pecador* y cree que se debe edificar la autoestima de una persona antes de que pueda llegar a conocer a Cristo. El pierde el sentido completo de lo que lleva a una persona a la cruz de Cristo. Por otro lado, hay quienes han tomado la terminología y han sido conscientes de las implicaciones y la confusión que esas palabras llevan. Adoptando y adaptando los conceptos populares de la psicología humanista, cristianos profesantes dicen que tenemos autoestima, amor propio, etc, debido a quienes somos en Cristo, pero la ideología subyacente continúa.

Justo el mismo tiempo con el aumento de la influencia y la popularidad de la psicología ha sido el cambio de énfasis en Dios con un énfasis en el ego durante la mayor parte de la Iglesia profesante. De manera muy sutil, el ego ocupa el primer lugar. Y, como el ego ocupa el primer lugar, la actitud de ser un esclavo de Cristo, se sustituye por la actitud de ser un voluntario en conveniencia propia. El amor por los demás se lleva a cabo solo si es conveniente.

Con todo este énfasis en el ego, es natural que un cristiano se pregunte si está bien amarse uno mismo. ¿Cómo podría Jesús responder a esa pregunta? Aunque la cuestión del amor propio no es una pregunta capciosa como las formuladas por los escribas y fariseos, es el tipo de pregunta que exige una determinada respuesta de "sí" o "no". Responder con un "sí" conduce fácilmente a todo tipo de egoísmo. La respuesta "no" provoca una respuesta posible

de "Bueno, ¿entonces debemos odiarnos a nosotros mismos?" Jesús no siempre respondió las preguntas de la manera en que sus oyentes esperarían. En su lugar, utilizó la pregunta como una oportunidad para enseñar la verdad. Su énfasis estuvo siempre en el amor de Dios y nuestro amor a Dios y a los demás.

Lingüísticamente, *agapao* está dirigido a los demás en toda la Escritura, nunca es auto-dirigido. El concepto de amor propio no es el tema del Gran Mandamiento. Es sólo un calificativo. Cuando Jesús nos ordena amar a Dios con "todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (Marcos 12:30), Él está haciendo hincapié en el todo – que abarca la naturaleza de este amor *agapao* (una acción de amor que va más allá de la posibilidad del hombre natural, y sólo es posible a través de la gracia divina). Si hubiera utilizado las mismas palabras de amor al prójimo, habría alentado a la idolatría. Sin embargo, para el siguiente grado de intensidad Él utilizó las palabras "como a ti mismo".

Jesús no nos ordena amarnos a nosotros mismos. Él no dijo que había tres mandamientos (amar a Dios, el amor al prójimo, y el amor propio). En cambio, dijo, "De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (Mateo 22:40). Amor a sí mismo aquí es un hecho – un hecho – no un mandamiento. No sabemos de ninguna Escritura que nos enseñe que un individuo no se ame **ya** a sí mismo. Pablo dijo, "Porque no aborreció jamás su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia" (Ef. 5:29). Los cristianos no fueron exhortados a amarse a sí mismos o a odiarse a sí mismos. El amor propio, el odio propio (que es simplemente otra forma de amor propio y egoísmo), y el auto-desprecio (posiblemente un disfraz para culpar a Dios por no dar las posesiones personales más grandes), son las actitudes egocéntricas. Los que se quejan de no amarse a sí mismos en general, no están satisfechos con sus sentimientos, capacidades, circunstancias, etc. Si realmente se odiaran a sí mismos, serían felices de ser miserables. Todos los seres humanos se aman a sí mismos.

De la totalidad de la Escritura, y en el contexto particular de Mateo 22, el amor hacia sí mismo que naturalmente uno tiene, está el mandato de ser dirigido hacia los demás. No se nos ordena amarnos a nosotros mismos. Eso ya lo hacemos. **Se nos ordena amar a los demás como ya lo hacemos a nosotros mismos.** La historia del Buen Samaritano, que sigue al mandamiento del amor al prójimo, demuestra no sólo quien es nuestro prójimo, sino ¿qué se entiende por la palabra *amor*? Aquí, amar significa extenderse uno mismo más allá del punto de conveniencia para lograr lo que se considera mejor para el prójimo. La idea es que debemos buscar el bien de los demás justo en la medida en la que buscamos el bien (o lo que puede incluso creer erróneamente que es bueno), para nosotros mismos – tan naturalmente como cuidamos de nuestro propio bienestar personal.

Otra Escritura que es paralela a la misma idea de amar a otros como ya nos amamos a nosotros mismos es el de Lucas 6:31-35, que comienza con "Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos". Evidentemente, Jesús asume que sus oyentes quieren ser tratados con justicia, bondad y misericordia. En otras palabras, querían ser tratados de acuerdo a las expresiones de amor más que por expresiones de indiferencia o animosidad. Jesús pasa luego a aclarar esta clase de amor que contrasta con el amor dado por los pecadores. Él dice: "Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. ... Amad, pues a vuestros enemigos..."

El tipo de amor que Jesús enfatizó era la acción-orientada, y era de esa clase que es desinteresada y no es motivado por obtener rendimientos. Puesto que es natural que la gente preste atención a sus propias necesidades y deseos, Jesús volvió su atención más allá de sí mismos.

Esa clase de amor por los demás es lo primero del amor de Dios, y sólo entonces, respondiendo en el amor incondicional hacia Él (con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza). Y, no podemos hacerlo a menos que lo conozcamos a través de Su Hijo. La Biblia dice: "Nosotros le amamos porque Él nos amó primero" (1 Juan 4:19). No podemos amar verdaderamente (*ágapao*, amor orientada a la acción) a Dios sin conocer primero Su amor por gracia, y no podemos amar verdaderamente al prójimo como a uno mismo sin amar a Dios primero. Creemos que la posición bíblica adecuada para un cristiano no es fomentar, justificar o establecer el amor propio, sino de dedicar la vida a amar a Dios y amar al prójimo como

[uno **ya** se ama] al yo.

* Adaptado de un artículo del mismo nombre de otoño de 1988, *PsychoHeresy Update* (Eastgate Publishers, 4137 Primavera Road, Santa Barbara, CA, 93110 – ahora llamada la [PsychoHeresy Awareness Letter](#)). Para más información sobre este tema, véase los libros de los Bobgans “*Prophets of Psychoheresy II* (reeditado como [James Dobson’s Gospel of Self-Esteem & Psychology](#)), y [Four Temperaments, Astrology & Personality Testing](#) (pp. 86-91).